

NOTAS PARA UNA «HISTORIA DEL ECUMENISMO CATOLICO DESDE SUS ORIGENES AL VATICANO II»

JOSÉ M.^a GÓMEZ-HERAS

El movimiento ecuménico, como toda empresa en el tiempo, tiene una historia. Una historia hecha de oración y esfuerzo, de diálogo y de silencio, de desaliento y de esperanza. Una historia en la que el diálogo enseñó a preguntar y a responder, a hablar y a escuchar, a respetar y a comprender.

Desde los primeros tiempos del cristianismo ha existido en la Iglesia la tensión entre los polos unidad-división. Numerosos cismas datan ya de los primeros siglos de su historia: tales el nestoriano, el monofisita... Más tarde el gran cisma de Oriente y en los comienzos de la Edad Moderna el pluralismo cristiano occidental nacido de la Reforma. Más cercanos a nosotros tenemos aun el cisma jansenista de Utrecht y en la pasada centuria el viejo-católico. Ante estas tendencias centrífugas, Roma se planteó constantemente el problema de la reunificación. Paralelos a los cismas corren los esfuerzos e iniciativas para superarlos en la unidad. Fruto de ellos fueron el retorno de la comunidad maronita libanesa a la Iglesia católica, las experiencias fallidas de los concilios de Lyon y Florencia, la constitución de las comunidades uniatas... Sin embargo, todos estos intentos de reunión "por absorción" no forman parte de lo que actualmente llamamos *movimiento ecuménico*. Este remonta sus orígenes a la segunda mitad del siglo XIX y surge históricamente del seno del Protestantismo, que para entonces había agotado ya todo un proceso de disgregación. La conciencia ecuménica en la Iglesia católico-romana nace y se desarrolla precisamente en diálogo con el unionismo protestante.

El decreto *De Oecumenismo* promulgado el 21 de noviembre de 1964 por el concilio Vaticano II culmina una etapa de

tanteos del ecumenismo católico. Con él la Iglesia, congregada en concilio, ha formulado su actual conciencia ecuménica. Tal conciencia no ha brotado ocasional o fortuitamente en el aula conciliar. Es más bien el resultado de un proceso histórico de desarrollo y maduración de la temática ecuménica. Es por esto, por lo que una intelección del decreto presupone un conocimiento a grandes rasgos de la historia del ecumenismo moderno, o con otras palabras, un conocimiento del contexto histórico-ecuménico que hace posibles, determina y da sentido a los temas y tomas de posición del decreto. Este será, pues, el objeto de nuestras *Notas para una historia del ecumenismo católico*: trazar a grandes rasgos la evolución histórica del ecumenismo en la Iglesia católica.

Una aclaración sobre los límites de nuestro trabajo: la breve ojeada histórica intentada en él se extiende solamente desde la mitad aproximadamente del siglo XIX al inicio del Vaticano II. Los trabajos conciliares no forman parte de la misma. Dejamos para otra ocasión la descripción de la génesis inmediata del texto *De Oecumenismo*, las vicisitudes del mismo en el aula conciliar y los acontecimientos posteriores al decreto y posteriores al concilio. El *De Oecumenismo* ha coronado una etapa del unionismo católico y ha iniciado una nueva época unionista. De esta prescindimos por el momento limitándonos a historiar brevemente aquella.

* * *

El desarrollo del movimiento ecuménico en la Iglesia católica se realiza por caminos diversos de los del unionismo acatólico. Ello es debido a la diferente concepción del problema y al método también diferente empleado. Una simple confrontación de ambos ecumenismos nos permite descubrir las características de uno y otro.

El ecumenismo acatólico nace en un medio socio-cultural cosmopolita y de claro predominio protestante. En su concepción, por consiguiente, hay un predominio de elementos protestantes. De ello se resiente aún hoy día el *Consejo Ecuménico de las Iglesias*. Nace, además, como una necesidad ante la excesiva fragmentación de las comunidades reformadas. Este unionismo se institucionaliza pronto y encuentra casi desde sus orígenes unos cauces normales de desarrollo en los mo-

vimientos *Vida y Acción* y *Fe y Constitución*. El método unionista empleado es el del encuentro en espectaculares asambleas mundiales. Tal praxis posee sus ventajas a la hora de atraer la atención de las masas populares sobre los problemas en discusión. Pero no carece de desventajas cuando llega el momento de plantear avances concretos y reales hacia la unidad. Característico del unionismo católico es también la doble orientación de su temática doctrinal: a) la preocupación por cuestiones político-sociales determinada por el espíritu de *Vida y acción* y b) el estudio de problemas dogmáticos y eclesiológico-institucionales impuesto por *Fe y Constitución*.

El ecumenismo católico presenta desde sus comienzos un carácter menos universalista y aparece circunscrito a un medio geográfico particular dentro del catolicismo. Surge en Centroeuropa y desde allí irradia a otros países. Es un movimiento que parte de la base popular del catolicismo y desde abajo presiona sobre los estratos superiores de la jerarquía hasta lograr verse consagrado a nivel conciliar en el decreto *De Oecumenismo*. Dada la estructura eclesiológica del catolicismo, Roma toma desde el primer momento la dirección y control ideológicos del movimiento y el magisterio pontifical desempeña un papel determinante en él. Los Papas han centrado su atención sobre los problemas doctrinales, especialmente eclesiológicos, que plantea el diálogo interconfesional y en el terreno práctico han preferido los contactos en pequeños grupos a las asambleas masivas. Diríamos, pues, que el ecumenismo católico se desarrolla a dos diferentes niveles: a nivel *magisterial y jerárquico* mediante las tomas de posición de los Romanos Pontífices y de la Jerarquía; y a nivel *popular*. Este encuentra pronto sus profetas e inspiradores en teólogos de valía y se orienta en Francia hacia “un ecumenismo espiritual” y en Alemania hacia un “ecumenismo doctrinal y de colaboración político-social”.

Frente al ecumenismo acatólico Roma ha ido pasando de la postura negativa a la actitud de prudente expectativa y finalmente ha iniciado una fase de diálogo y colaboración. El diálogo, después de un primer período de contactos locales, ha polarizado últimamente en el binomio *Secretariado por la Unidad - Consejo Ecuménico de las Iglesias*. La historia del unionismo romano ha pasado por varias etapas. Las primeras tomas de posición datan de los tiempos de Pío IX. Durante la segunda mitad de la centuria pasada existe ya un vago des-

petar del pueblo cristiano-católico a la conciencia ecumenista. Este despertar recibe del magisterio doctrinal de León XIII un impulso notable. Como en tantos otros sectores también en este el gran pontífice pone los fundamentos de lo que más tarde habría de llamarse “principios católicos del ecumenismo”. Los Papas que le suceden dedicaron menor atención al problema. No obstante, Pío XI torna a ocuparse insistentemente de él y bajo su pontificado tiene lugar la interesante experiencia de las conversaciones de Malinas. En el período 1930-1950 el ecumenismo católico es labor casi exclusiva de pioneros. Son los años de consolidación del unionismo protestante y este hecho obliga a Roma a plantearse la cuestión de la conducta a seguir frente a él. La instrucción “Ecclesia Catholica” del Santo Oficio (1949) da normas muy concretas al respecto. En la década 1950-60 el movimiento entra en una fase de expansión. A ello contribuyen decisivamente el Pontificado de S. S. Juan XXIII y la preparación del Vaticano II. Cuando este inicia sus trabajos, las relaciones entre católicos y acatólicos han mejorado considerablemente. La presencia de los observadores en el aula conciliar lo atestiguaba. Las iniciativas posteriores, tales la creación del Secretariado por la Unidad, son historia reciente que pertenece ya a la génesis del decreto *Sobre el ecumenismo*.

I.—ROMA Y EL MOVIMIENTO DE OXFORD¹

La primera toma de posiciones por parte de Roma respecto a las ideas unionistas modernas tuvo lugar con ocasión del llamado movimiento de Oxford. En la carta del Santo Oficio *Ad omnes episcopos Angliae*², fechada el 16 de septiembre de 1864, y en una comunicación posterior del Cardenal Patrizi a un grupo de “puseystas” anglicanos³, Roma precisó sus pun-

¹ Cf. R. AUBERT: *Geschichte des Anglikanismus und der Oxfordbewegung*. En el volumen *Getauf auf einen Namen* (Nürnberg, 1963); C. LOVERA DI CASTIGLIONE: *Il movimento di Oxford* (Brescia, 1938); O. CHADWICK: *The Mind of the Oxford Movement* (London, 1960); para la documentación del Magisterio cf. C. BOYER-D. BELLUCCI: *Unita cristiana e movimento ecumenico. Texti e documenti* (Roma, 1963).

² ASS. II (1866) 657-660. Reimpresa en ASS. XI (1919) 310-312. Cf. BOYER-D. BELLUCCI: *o. c.*, 13-16.

³ ASS. II (1866) 662-668. Reimpresa en ASS. XI (1919) 312-316. Cfr. C. BOYER-D. BELLUCCI: *o. c.*, 19-22.

tos de vista sobre el problema de la reunificación y de la participación de los católicos en las asociaciones unionistas. Estos documentos en los que Roma manifiesta una actitud restrictiva y llena de prevención ante una situación local inspiraron décadas más tarde algunas de las posiciones romanas cuando llegó la hora de pronunciarse sobre el movimiento ecuménico surgido en el seno del protestantismo.

El movimiento de Oxford tomó consistencia en los ambientes anglicanos, que reaccionaron a mediados de siglo pasado contra las tendencias protestantizantes y liberalizantes en el seno de la Iglesia de Inglaterra. El movimiento recibe también el nombre de "puseysmo" por la orientación definitiva que le imprimió E. Pusey después de la conversión de Newman. Nacido en ambientes universitarios pronto ejerció fuerte atracción sobre el pueblo debido a la profunda religiosidad de sus líderes J. Keble, J. H. Newman y E. Pusey. Estos intentaron una interpretación catolizante del anglicanismo situándose en la famosa *via media* entre la "herejía protestante" y las "supersticiones romanas". Frente al anglicanismo protestantizante buscaron su inspiración teológica en la *Caroline divines* viniendo a parar a una revalorización de la vida litúrgico-sacramental y a un redescubrimiento de la dimensión eclesial del cristianismo⁴.

Los esfuerzos unionistas llevaron a los profesores de Oxford a plantear el problema eclesiológico. Su temperamento irénico cristalizó en la famosa *teoría de las ramas*. Según esta la Iglesia ciertamente es una. Pero a imagen de la Trinidad es también trina. El cristianismo encuentra tres formas legítimas de interpretación en la Iglesia católico-romana, en la Iglesia ortodoxa y en la Iglesia anglicana. Son tres grandes ramas del mismo y único árbol. A base de esta posición eclesiológica la unión a la que tienden sus esfuerzos ecuménicos es a una *reunión orgánica (Corporate reunion)*. Para llegar a esa meta se necesita una labor previa de pacificación y acercamiento de los espíritus. Pusey pide a los anglicanos una interpretación de los 39 artículos que satisfaga a la fe católica. A los católi-

⁴ Newman y Pusey expusieron el programa teológico anglo-católico en los famosos *Tracts* aparecidos en el período 1833-1841. La interpretación catolizante de los 39 artículos dada por Newman en el *Tract* 90 permanecerá en adelante como la carta magna del anglo-catholicismo.

cos pide mayor flexibilidad en la disciplina y una purificación de sus prácticas de piedad⁵.

Inspirándose en el irenismo de Pusey, el reverendo anglicano F. G. Lee fundó en 1857 la "Asociación para promover la unión de la cristiandad". La finalidad de la misma consistía en preparar la unidad de las Iglesias católica, anglicana y ortodoxa por medio de la oración. De ella podían formar parte fieles de las tres Iglesias nombradas. De hecho algunos católicos entraron a formar parte de la asociación. El Cardenal Wiseman la veía con buenos ojos. Su sucesor H. Manning, por el contrario, se oponía tenazmente a ella.

La existencia y actividades de la asociación llegaron al conocimiento de Roma. Eran los años de la gestación del *Syllabus* y los documentos doctrinales de Pío IX denunciaban con insistencia el peligro de liberalismo e indiferentismo. La cuestión de la asociación del Rev. Lee fue encomendada al Santo Oficio. Su juicio fue negativo. A los católicos no les estaba permitido pertenecer a una asociación que ponía en juego la integridad de la fe. La carta del Santo Oficio *Ad omnes episcopos Angliae* justificaba tal decisión con varias razones: 1) la falsa eclesiología en que se basaba la asociación; 2) el hecho de que fueran herejes los directores de la misma; 3) el indiferentismo eclesiológico a que se daba lugar; 4) el escándalo que se podía causar en el pueblo fiel. No obstante, se aprobaban las oraciones y esfuerzos en pro de la unidad y se invitaba a los puseystas a encontrar el verdadero camino de la reunión en la conversión y en el retorno a la Iglesia católica.

Un grupo de tales puseystas anglicanos se sintió herido por la respuesta de Roma y envió al cardenal Patrizi, Prefecto del Santo Oficio, un breve escrito firmado por 198 miembros del clero anglicano⁶. En él defendían su conducta. Este escrito motivó una nueva intervención de Roma. La respuesta, firmada por el cardenal Patrizi, subrayada de nuevo los falsos presupuestos eclesiológicos en que se fundaba el irenismo puseysta. A ellos contraponía varios aspectos fundamentales de la eclesiología católica. Tales la unidad de fe y caridad en la misma, la perennidad de su unidad, su indefectibilidad e in-

⁵ Pusey desarrolla sus ideas ecuménicas en los tres volúmenes de su *Eirenikon* aparecidos en los años 1865-1870.

⁶ Vide el texto del mismo en ASS. II (1866) 661-662 y en C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 17-18.

falibilidad, especialmente cuando el magisterio propone la doctrina evangélica, la primacía de Pedro y de su sede Apostólica como vínculos visibles de unidad...

II.—DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ECUMÉNICA EN EL PUEBLO CRISTIANO⁷.

El despertar de la idea ecuménica en el catolicismo contemporáneo presenta características bien diferenciadas en los diversos países. En Francia e Inglaterra se realiza a través del diálogo, de la renovación religiosa y de la amistad interconfesionales. En Alemania va unido estrechamente al renacimiento y desarrollo de la ciencia teológica. En Norteamérica, por el contrario, el origen y evolución del ecumenismo está condicionado por una situación socio-religiosa: la de un país que se estructura socialmente en un sentido esencialmente pluralista.

Hacia mediados del siglo XIX comienzan a dejarse sentir acá y allá voces proféticas. En la Irlanda de 1824 el obispo J. W. Doyle proponía iniciar un diálogo entre catolicismo y protestantismo sobre una temática teológica bien concreta y sugería una labor previa de preparación de los espíritus, de superación de prejuicios y de oración. Ya hemos hecho referencia a como en Inglaterra un buen número de católicos, entre ellos el cardenal Wiseman, simpatizaba con la actividad y fines de la "asociación para promover la unión de la cristianidad". La actitud intransigente de Manning impidió que aquellos primeros brotes ecumenistas maduraran. Los dogmas del Vaticano I significaron años más tarde para los irenistas anglicanos un obstáculo insuperable en el camino hacia la reunión con Roma.

No obstante, algunos espíritus proféticos continuaron incansablemente sus esfuerzos. Al número de ellos pertenecen los nombres del anglocatólico Lord Halifax y del lazarista francés F. Portal. Unidos por entrañable amistad no escatimaron sacrificios en pro de un despertar ecuménico en el cristianismo europeo. A ellos corresponde el mérito de haber pue-

⁷ Cf. G. TAVARD: *Petite histoire du mouvement oecumenique* (París, 1960) 53-79 y P. G. FLOROVSKY: *L'Oecumenisme au XIX siecle en Irenikon* 27 (1954) 241-274, 407-447.

to sobre el tapete la espinosa cuestión de la validez de las ordenaciones anglicanas. Tavard no duda en calificar al P. Portal como "padre del ecumenismo católico"⁸. En 1895 funda la *Revue anglo-romaine* en la que desarrolla su ideario ecumenista. Con un realismo sereno y con plena conciencia del largo camino que restaba por recorrer orientó el trabajo ecuménico hacia una labor previa de información mutua, de diálogo y de amistad. En aquellos tiempos era la única vía posible y la más eficaz para desmontar los obstáculos acumulados durante siglos de separación.

El cristianismo norteamericano, debido a la peculiar situación sociopolítica del país, integró pronto en sus formas de existencia cristiana dos dimensiones fundamentales del ecumenismo moderno: la coexistencia pacífica entre las diversas confesiones y la libertad religiosa. El crecimiento demográfico del país llevado a cabo a base de oleadas de inmigrantes europeos provenientes de zonas diversas y pertenecientes a diferentes confesiones imprimió al cristianismo americano una estructura esencialmente pluralista. A finales de siglo surgieron en el catolicismo algunos movimientos democratizantes y parlamentarios. Sin embargo, el intercambio confesional pecó de excesivo pragmatismo y de carencia de hondura teológica. Sus actitudes ecuménicas han cristalizado más bajo la presión de la estructura socio-política del país que a causa de una conciencia teológica del problema.

El catolicismo alemán sigue un camino inverso. Despierta al ecumenismo mediante una renovación de la teología. En este quehacer sobresalen los teólogos de la escuela de Tubinga, especialmente J. A. Möhler. Su trabajo sobre *La unidad en la Iglesia* marcó el inicio de esa vía fecunda. Y con la *Simbólica* echó los cimientos de la teología comparada. La obra de Möhler no careció de influencia. A los comienzos de la segunda mitad del siglo el espíritu ecumenista ha penetrado en los círculos universitarios progresistas católicos. Buena prueba de ello es un pasaje del famoso discurso con que Döllinger abre el congreso de profesores católicos celebrado en Munich el año 1863. El gran historiador asignaba en él a la teología católica la misión primordial de encontrar el camino para la reunión de los cristianos separados. La unidad, escribe textualmente, será posible con tres condiciones: "primera, que

⁸ G. TAVARD: *o. c.*, 61.

nuestra ciencia supere con todos los medios disponibles —ahora más que nunca —lo que verdaderamente divide y no es católico en la doctrina de la parte opuesta, esto es, lo que se opone a la común conciencia de la Iglesia de todos los tiempos y destruye la continuidad de la tradición... Segunda, que proponga la doctrina católica en su totalidad, ligazón con la vida cristiana, cohesión orgánica e interna coherencia y distinga con precisión lo esencial permanente de lo accidental y transitorio... Tercera, que la teología y por ella la Iglesia separe cuidadosamente de los errores entremezclados, todo lo verdadero y bueno que las comunidades separadas han descubierto o producido en doctrina, historia y vida y libre y abiertamente lo acepte y exija como legítima propiedad de la única verdadera Iglesia”⁹. En otras palabras, el camino de la reunión será: “humildad, amor fraterno, abnegación, sincero reconocimiento de lo verdadero y bueno dondequiera se encuentre, examen a fondo de las culpas, deficiencias y escándalos de nuestra propia situación y una más seria voluntad de echar una mano para eliminarlos”¹⁰.

III.—EL MAGISTERIO DE LEÓN XIII ¹¹

El magisterio de S. S. León XIII delinea ya los principios católicos sobre el ecumenismo. A partir de su pontificado asistimos a una toma progresiva de conciencia por parte de Roma de la obligación que la Iglesia tiene de trabajar en pro de la reunión de todos los cristianos. G. Baum ¹² elenca nada menos que 35 documentos de León XIII en los que se tocan temas relativos a la unidad. En la encíclica *Divinum illud* ¹³ señalaba el Papa como características de su pontificado el res-

⁹ J. I. VON DOELLINGER: *Rede über Vergangenheit und Gegenwart der katholischen Theologie* en el volumen *Verhandlungen der Versammlung katholischer Gelehrten in München von 28 September bis 1 Oktober 1863* (Regensburg, 1863) 46.

¹⁰ *Ibidem*, 47.

¹¹ Cf. G. BAUM: *L'unité chrétienne d'après la doctrine des papes de Léon XIII à Pie XII*. Trad. del inglés por A. Renard (París, Unam Sanctam-35, 1961); C. BOYER-D. BELLUCCI: *Unita cristiana e movimento ecumenico*, 23-45; R. AUBERT: *Le Saint-Siège et l'union des églises* (Bruxelles, 1947).

¹² G. BAUM: *o. c.*, 233.

¹³ Vid. *Leonis XIII allocutiones* (Roma, 1906) vol. VIII, 20 ss.

taurar la vida cristiana en la sociedad y en la familia y preparar la *reconciliación de los cristianos*. Para ello propugna un acercamiento colectivo de las diversas confesiones si bien la reunión está concebida como un *retorno* de los hermanos separados a la Iglesia católica.

Convencido de que la unidad es un don de Dios que hay que alcanzar mediante la oración, León XIII invita a los fieles en su carta apostólica *Provida matris*¹⁴ a orar por la unidad. Orar para que sea “una la fe en las mentes y una la piedad en las obras”. Como tiempo a propósito señalaba los nueve días que preceden a la festividad de Pentecostés. Con ello colocaba el esfuerzo por la unidad bajo el impulso amoroso del Espíritu Santo. El Romano Pontífice exterioriza su esperanza en la oración “que promueva la reconciliación de los hermanos separados a fin de que todos un día participen de la misma fe, esperanza y caridad”. Ideas semejantes aparecen también en la encíclica *Divinum illud* del 9 de mayo de 1897.

Gran importancia doctrinal posee la encíclica *Satis cognitum* del 29 de junio de 1896¹⁵. Toda ella está dedicada a desarrollar el tema de la unidad de la Iglesia. No se trata de establecer que la Iglesia es una. La cuestión es determinar qué clase de unidad es la suya según la voluntad de su divino fundador. León XIII va señalando en argumentación ascendente las dimensiones esenciales de tal unidad: en primer lugar, la *unidad en la fe*. Acuerdo de las mentes de donde brota la armonía de las voluntades y la concordia de las acciones. Pero, dado que la doctrina de Jesucristo no ha sido encomendada al arbitrio de los hombres, la unidad de la fe exige un *magisterio* auténtico y perenne en la Iglesia el cual mantenga la unidad de las mentes. Tal función magisterial ha sido querida e instituida por Jesucristo. La unidad perfecta exige también un poder supremo que la dirija. La comunidad de fieles cristianos es una sociedad y no puede imaginarse una sociedad sin autoridad suprema que la gobierne. Del mismo modo que la unidad de la Iglesia en cuanto *comunidad de fieles* exige la unidad de la fe, así la unidad de la Iglesia en cuanto sociedad postula una unidad de gobierno. Con esta finalidad Cristo instituyó el Primado de Pedro, verdadero primado

¹⁴ Texto en C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 31-33.

¹⁵ ASS. 28 (1895-1896) 709 ss.; fragmentos de la misma en Dz. 1954-1962 y en C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 34-39.

de jurisdicción, que se transmite a sus sucesores los romanos pontífices. El Papa es, por consiguiente, principio de la unidad visible de la Iglesia¹⁶.

Especial atención dedica León XIII a las relaciones entre católicos y ortodoxos. La carta apostólica *Orientalium dignitas*¹⁷ insiste en la necesidad de defender y conservar los ritos y la disciplina de los orientales. La encíclica *Praeclara gratulationis*¹⁸ señala el acuerdo casi completo que existe entre la doctrina de las Iglesias ortodoxas y la católico-romana. No oculta, sin embargo, que el primado del Romano Pontífice constituye un grave problema para la reunión. Esta especial preocupación por las iglesias orientales le lleva a instituir una comisión pontificia con la finalidad de trabajar por la reconciliación de los disidentes¹⁹.

Otro sector de la cristiandad que preocupa a León XIII es la comunidad anglicana. Con simpatía sigue los esfuerzos de Lord Halifax y del P. Portal. En abril de 1899 publica la carta *Amantissimae voluntatis* dirigida a los "ingleses que buscan el reino de Cristo en la unidad de la fe". La carta alentaba los esfuerzos del grupo anglocatólico. A instancias del arzobispo de Westminster, cardenal H. Vaughan, creó una comisión de expertos con el fin de reexaminar el problema de la validez de las ordenaciones anglicanas. Las opiniones fueron divergentes. La carta *Apostolicae curae*²⁰ zanjó la cuestión en sentido negativo. Tal decisión cercenaba numerosas ilusiones. A pesar de ello, León XIII continuó alentando los esfuerzos en favor del acercamiento Roma-Cantorbery.

IV.—LAS CONVERSACIONES DE MALINAS²¹

Una de las iniciativas de mayor alcance ecuménico durante el primer cuarto de nuestro siglo son las conversaciones de

¹⁶ A propósito de la unidad de fe y de gobierno en la Iglesia cf. G. BAUM: *o. c.*, 23-35.

¹⁷ ASS. XXVII (1895) 257-264. C. BOYER-D. BELLUCCI: *o. c.*, 23-28.

¹⁸ *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, 14 (1894) 199 ss.

¹⁹ Vid. el "motu proprio" *Optatissimae* del 19 de marzo de 1895. Texto en C. BOYER-D. BELLUCCI: *o. c.*, 29-30.

²⁰ ASS. 29 (1896-1897) 198 ss.; reproducida también por *Denzinger* 1963-1966 y por C. BOYER-D. BELLUCCI: *o. c.*, 40-44.

²¹ J. BIVORT DE LA SAUDE: *Anglicans et catholiques. Le probleme de l'union anglo-romaine (1833-1933)* (París, 1948); IDEM: *Documents*

Malinas. Patrocinadas por el cardenal Mercier ofrecen a nuestra generación un ejemplo de cómo ha de conducirse en la práctica el diálogo teológico. La idea partió del campo anglocatólico, concretamente de Lord Halifax secundado por el P. Portal. Las conversaciones se iniciaron en diciembre de 1921 y la última tuvo lugar en 1926. La experiencia fue suspendida en 1927 por mandato de Pío XI. Durante este lapso de tiempo se celebraron cinco reuniones. Por parte de los católicos intervinieron el cardenal Mercier, el P. Portal y Mons. Van Roey. Por parte anglicana Lord Halifax, el obispo de Truro, W. Frere y el decano de Wels, A. Robinson. A partir de la tercera reunión se sumaron al grupo cuatro teólogos más. Dos católicos: P. Batiffol y H. Hemmer y dos anglicanos: Ch. Gore y B. Kidal.

El diálogo versó sobre cuestiones doctrinales, particularmente temas eclesiológicos. Lord Halifax hacía notar que la cuestión principal sometida a discusión era la constitución de la Iglesia. El primado de la sede romana ofreció serias dificultades. No obstante, el grupo abordó el problema con profundidad teológica. Los anglicanos presentaron en la tercera conversación excelentes estudios históricos sobre la posición de Pedro en la Iglesia primitiva y en la reforma anglicana. También fueron objeto de estudio desde perspectivas dogmáticas e históricas la cuestión de las relaciones entre los obispos y el papa, los sacramentos y el binomio unidad-pluralismo. Incluso llegaron a abordarse temas de carácter disciplinar situándose en la hipótesis de un posible acuerdo dogmático con Roma.

A pesar de que no se llegara a obtener resultado tangible alguno, la experiencia de Malinas resultó instructiva. El diálogo se mantuvo a excelente nivel teológico en medio de un clima de amistad, sinceridad y libertad. El grupo abordó con realismo el problema ecuménico. No se trataba de negociar un acuerdo de reunificación. Para ello no tenían atribuciones los participantes en las reuniones. Más bien se intentaba clarificar posiciones teológicas y desmontar obstáculos acumulados durante cuatro centurias. De ahí que las conversaciones consistieran esencialmente en un diálogo teológico y no en una ne-

sur le probleme de l'union anglo-romaine (1921-1927) (París, 1949); *The conversations at Malines, 1921-1925. Original Documents edited by Lord Halifax* (London, 1930). Vid. también C. BOYER: *Unus Pastor* (Toulouse, 1950) 55-67 y G. TAVARD: *o. c.*, 122-132.

gociación político-eclesiástica. El resultado más positivo fue la información recíproca y la clarificación de las posiciones teológicas de cada una de las partes. Desde entonces comenzó a abrirse paso la idea de que la meta del ecumenismo no podía ser las conversaciones individuales o la reunión "por absorción" de las comunidades separadas por parte de Roma. Más bien los esfuerzos habrían de orientarse a lograr un acercamiento colectivo y una reunión orgánica, por convergencia y complementación. Las conversaciones demostraron, además, la eficacia del diálogo como praxis ecuménica en la tarea de clarificar posiciones y de disipar prejuicios.

V.—DE S. PÍO X A PÍO XI²²

Durante el primer cuarto de siglo el ecumenismo tanto protestante como católico se encuentra en una fase de tanteos y experiencias. El magisterio romano de estos años se resiente de ello. S. Pío X muestra escaso interés por el problema. El catolicismo atravesaba los difíciles momentos de la crisis modernista y los tiempos no eran propicios para "irenismos" ambivalentes. Cuando en 1910 se celebra la conferencia misionera de Edimburgo se les planteó a los católicos la interrogante de asistir o no. Roma contestó negativamente. El ecumenismo practicable por entonces era la oración. El papa acababa de aprobar el año anterior el octavario de oraciones por la unidad propagado por el convertido P. Atson.

Mayor dinamismo en este sector muestra Benedicto XV. Ya en los primeros años de su pontificado tiene lugar un interesante intercambio epistolar entre R. Gardiner, uno de los organizadores de *Fe y Constitución* y el cardenal Gasparri, secretario de Estado. Gardiner expone su deseo de que la Iglesia romana "que siempre se ha mostrado promotora de la restauración cristiana, acompañe benévolamente nuestros esfuerzos y les apoye con sus consejos y oraciones"²³. El cardenal Gasparri responde haciendo constar los votos benevolentes de S. S. Benedicto XV por el éxito de *Fe y Constitución* y pro-

²² Cf. G. TAVARD: *Petite histoire du mouvement oecumenique*, 111-121 y R. AUBERT en el estudio citado más arriba.

²³ Vid. el texto de la carta de R. Gardiner al Card. Gasparri en C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 53-54.

mete oraciones a este fin. Las preocupaciones de los Romanos Pontífices, añadía el comunicado, han estado siempre en gran parte orientadas a conservar íntegra, inmaculada y plena de amor a la única Iglesia fundada por Jesucristo. El Sumo Pontífice ve complacido los esfuerzos encaminados a superar la división de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo y a lograr la concordia de las voluntades y la unidad de fe y comunión ²⁴.

No obstante, Benedicto XV declina amablemente la invitación a participar en las asambleas ecuménicas. Adopta una postura de prudente expectativa. A las asambleas de Estocolmo y Lausana no asistió delegación católica alguna. Roma justificó su negativa con la doctrina católica sobre la unidad de la Iglesia. El 4 de julio de 1919, dos meses de haber recibido una delegación de los organizadores de *Fe y Constitución*, el Santo Oficio prohibía a los católicos, como ya lo había hecho en 1864, participar en asambleas ecuménicas organizadas por protestantes ²⁵.

Tavard asigna una doble característica al apostolado ecuménico del sucesor de Benedicto XV, Pío XI: a) mayor preocupación por el oriente ortodoxo que por el mundo protestante; b) una atención preferente por la dimensión doctrinal del ecumenismo ²⁶. En efecto: la encíclica *Rerum orientalium* recomienda el estudio de la teología oriental en universidades y seminarios. Poco después el Papa escribe al general de los benedictinos manifestando su deseo de que la orden se preocupe de desarrollar los estudios orientalistas. Fruto de este deseo es la fundación de la abadía Amay-Chevetogne. Los temas que asigna como objeto de estudio son la lengua, historia, costumbres, teología, liturgia oriental... La meta a la que habría de tender esta actividad ecuménica sería "el retorno de todos los cristianos a la Iglesia católica" ²⁷.

Respecto a las relaciones entre catolicismo y protestantismo Pío XI adopta una postura retraída y llena de prevención. El ecumenismo protestante de la época se resentía del espíritu pragmatista de *Vida y Acción*. Ello suponía un cierto descuido hacia los problemas doctrinales subyacentes a la tarea ecuménica. Para un intelectual como Pío XI tal "unionis-

²⁴ Texto de la respuesta del Card. Gasparri en *Ibidem*, 54-56.

²⁵ Texto del breve del Sto. Oficio en ASS. 11 (1919) 309.

²⁶ G. TAVARD: *Petite histoire du mouvement oecumenique...*, 116.

²⁷ Cf. la documentación que ofrece R. AUBERT: *o. c.*, 110 ss.

mo" adogmático y ecléctico habría de resultar por necesidad sospechoso. Teniendo presentes los resultados de las conferencias de Estocolmo y Lausana, el Papa se decide a publicar la encíclica *Mortalium animos*²⁸. En ella criticaba duramente los presupuestos doctrinales del unionismo "pancristiano". Primeramente el indiferentismo inherente al movimiento, que daba por supuesto la legitimidad de las múltiples interpretaciones del cristianismo. También rechazaba su eclesiología, especialmente los errores referentes al magisterio y al primado. Tampoco admitía la concepción "pluralista" de la unidad, según la cual la reunión no exigiría una unidad en la fe y en el gobierno y tendería únicamente al reconocimiento de un *minimum* doctrinal aceptable para todos los cristianos. Era evidente, que con tales presupuestos, la Santa Sede no podía participar a las asambleas ecuménicas ni permitir que los católicos colaboraran en ellas. Pero la encíclica no solo se limitaba a criticar. Afrontaba positivamente el problema proponiendo los principios católicos sobre el ecumenismo. Recordaba la fe en Dios creador y redentor; la fe en su revelación encomendada a la Iglesia fundada por Cristo y enumeraba una vez más las tesis clásicas de la eclesiología católica. Tales eran las bases doctrinales de un recto "unionismo". Porque, se preguntaba el Papa, ¿será posible el amor entre los cristianos sin la unidad de la fe? No. La caridad se apoya sobre una fe única y sincera. "No sabemos, continuaba Pío XI, como a partir de la diversidad de opiniones pueda prepararse el camino para alcanzar la unidad de la Iglesia, siendo así que esta no puede brotar sino de un solo magisterio, de una norma única de fe, de una misma fe en todos los cristianos"²⁹. En conclusión, no existe otro camino para fomentar la unidad de los cristianos que trabajar en pro del retorno de los disidentes a la única verdadera Iglesia de Cristo.

VI.—PIONEROS DEL ECUMENISMO CATÓLICO (1925-1950)

En los pontificados de Pío XI y de Pío XII se desarrolla en toda Europa un amplio movimiento unionista. Su inspiración es eminentemente popular si bien sus ideales aparecen

²⁸ Texto completo de la incíclica en AAS. 20 (1928) 1-16 y en C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 114-125.

²⁹ AAS., *l. c.*, 13; cf. C. BOYER - D. BELLUCCI: *o. c.*, 122.

personificados en unos cuantos nombres que desempeñan un verdadero papel de pioneros del ecumenismo católico.

Las relaciones interconfesionales en Alemania continúan su tradición teológica. Sin embargo, el movimiento unionista adquiere paulatinamente un carácter más popular. Ello se debe en gran parte a la recia personalidad de M. J. Metzger. La asociación *Una sancta* fundada por él en 1938 ha servido durante el último ventenio de plataforma para el encuentro y el diálogo interconfesional. El mismo Metzger mantuvo cordiales relaciones con pastores protestantes. A partir de 1939 se celebran reuniones mixtas y la asociación deviene popular. La persecución nazi facilitó los contactos y el diálogo. Desgraciadamente la guerra imposibilitó un amplio desarrollo del movimiento. Su fundador fue condenado a muerte y ejecutado por los nazis en 1944. Durante la postguerra la asociación ha continuado desarrollando su programa de reuniones de estudio y de oración bajo la dirección de M. Laros y más tarde de Th. Sartory.

Más intenso es aún el trabajo unionista en los países de habla francesa. Ya hemos hecho referencia a las actividades ecuménicas del cardenal Mercier y del P. Portal. El unionismo francés toma consistencia bajo Benedicto XV. En 1925 Dom Lambert Beauduin funda la abadía de Amay-sur-Meuse, que después será trasladada a Chevetogne. La finalidad del monasterio consistía en promover el unionismo con la ortodoxia oriental mediante la oración, el estudio y los contactos personales. A partir de 1927 los benedictinos de Chevetogne publican la revista *Irenikon* tan benemérita del ecumenismo católico. Es también en Amay donde descubre su vocación el P. Pablo Couturier, apóstol del ecumenismo espiritual³⁰. A él se debe la infusión de un nuevo espíritu en la semana de oraciones por la unidad y la creación de un activo grupo ecumenista en Lyon. Desde esta ciudad el "ecumenismo espiritual" del P. Couturier se extiende por toda Europa bajo el impulso del sucesor y amigo del fundador, P. M. Villain³¹. También algunos teólogos franceses de la orden dominicana desarrollan en

³⁰ Vid. M. VILLAIN: *L'Abbe Paul Couturier, apôtre de l'unité chrétienne* (Tournai, 1957) y D. O. ROUSSEAU: *Un gran apôtre de l'unité chrétienne, l'Abbe P. Couturier en Irenikon*, 30 (1957) 60-68.

³¹ Vid. su excelente *Introducción al ecumenismo* a menudo citada en el presente trabajo, en la que M. Villain condensa su ideología ecuménica siguiendo la línea marcada por P. Couturier.

el período de entreguerras una labor de pioneros en la creación de una teología del ecumenismo. Entre ellos destaca la señera personalidad del P. Yves Congar, quien con su obra *Chrétiens desunis* abre la serie de grandes monografías católicas sobre el tema³². A la orden dominicana se debe también la fundación del centro *Istina* de París, especializado en el estudio de la ortodoxia rusa, el cual, bajo la dirección del P. J. Dumont, ha devenido uno de los hogares más activos de investigación e información ecumenista.

En Italia la iniciativa ecuménica más seria emprendida en la postguerra se debe al padre Ch. Boyer, que en 1945 funda en Roma la asociación *Unitas*. La revista del mismo nombre ha realizado una interesante labor de divulgación de temas ecuménicos si bien su orientación excesivamente apologética la reste valor. Un papel semejante al de *Unitas* en Italia ha desarrollado en España la obra del "Oriente Cristiano" radicada en Madrid. Sus cursos de información sobre cuestiones ecuménicas han sido punto de partida de más de una vocación unionista. La obra, a través de sus publicaciones *Reunión y Oriente Cristiano*, se ha preocupado predominantemente de problemas relativos a la ortodoxia. En los últimos tiempos sus hombres dedican mayor atención a los temas ecuménicos en general. Como en Italia y España también en Inglaterra el unionismo católico marcha con retraso en relación con Centroeuropa. A pesar de que la *vía media* del anglicanismo parecía ofrecer grandes posibilidades de diálogo con Roma, el conservadurismo del catolicismo inglés no ha permitido sacar partido de una situación privilegiada. No obstante, merece la pena recordar a Dom Beda Winslow que ha realizado una buena labor de información ecuménica en la revista *The Easter Churches Quarterly*.

VII.—LA INSTRUCCIÓN "ECCLESIA CATHOLICA" DEL SANTO OFICIO (20-XII-1949)

Durante el pontificado de Pío XII el ecumenismo católico continúa haciendo progresos. Dos circunstancias sitúan bajo

³² Vid. la emotiva historia personal de la vivencia ecuménica del P. Congar descrita por él mismo en el prefacio *Appels et chemine-ments, 1929-1963* del libro *Chrétiens en dialogue* (París, 1964) IX-LXIV. Esta especie de síntesis de "diario ecuménico" constituye hoy por hoy la más sugestiva historia del ecumenismo católico.

perspectivas nuevas las tomas de posición del magisterio romano sobre el tema: a) la creación del Consejo Ecuménico de las Iglesias, b) la grave crisis por la que atraviesan las relaciones políticas internacionales. La creación del CEI, además de poner de manifiesto la madurez alcanzada por el unionismo acatólico, ofrece a Roma la posibilidad de un diálogo con un interlocutor autorizado. El magisterio no puede en adelante ignorar tal hecho y comienzan a darse tímidamente los primeros pasos para hacer posibles los contactos Roma-CEI. La crisis de las relaciones internacionales explican las insistentes llamadas de Pío XII a todos los cristianos en pro de una colaboración en el sector político-social y en pro de la pacificación entre los pueblos.

Dentro del magisterio ecumenista de Pío XII adquiere especial relieve la instrucción *Ecclesia catholica*³³ publicada por la Congregación del Santo Oficio el 20 de diciembre de 1949. El documento daba normas concretas sobre el comportamiento de los católicos en relación con el movimiento ecuménico acatólico. La Iglesia, comienza la "instrucción", ha seguido y seguirá con interés los esfuerzos en favor de la unidad. Los aprueba y ora por su éxito. Sin embargo, la búsqueda de la unidad no siempre se encauza por la recta vía. De ahí la necesidad de fijar los verdaderos principios del ecumenismo católico.

Dado que la "obra de la unión" es ante todo un deber y una función de la Iglesia, compete a la jerarquía dirigirla y encauzarla. A ella deben dedicar los obispos una atención particular vigilándola, promoviéndola y dirigiéndola. Habrán de estar informados de las iniciativas que surgen en las diócesis a este fin y nombrar sacerdotes idóneos que se ocupen de ellas. A los ordinarios compete también el control de las publicaciones sobre el tema y es su deber crear instituciones idóneas en las que, quienes buscan la fe católica, puedan hallar orientación teológica. En cuanto al método a seguir en el trabajo ecumenista, es competencia de los obispos prescribir qué

³³ Texto de la "instrucción" en AAS. 43 (1950) 142-147. Comentarios a la misma: G. OESTERLE: *Notae historicae ad instructionem S. C. Sti. Officii "De motione oecumenica"* en *Miscellanea Comillas* (1951) 203-238; *Die Bedeutung des Dekrets über die oekumenische Bewegung* en *Herder Korrespondenz*, abril (1950) 325-329; C. J. DUMONT: *L'Instruction du Saint-Office au sujet du mouvement oecumenique* en *Vers L'unité chretienne*, 22 (1950) 2-8.

se debe hacer y qué evitar. En primer lugar vigilarán para que no se fomente el indiferentismo religioso. Para ello procurarán evitar un falso "irenismo" que pone en peligro la pureza de la doctrina católica y una ligereza de opiniones que minime las tomas de posición precedentes del magisterio. Sobre todo ha de procurarse que la doctrina católica sea propuesta y expuesta *total e íntegramente*, sin ambigüedades, minimizaciones o silencios conscientes. La verdadera unión no podrá obtenerse sino en la verdad total e íntegra.

Después de esta previa posición de principios la instrucción pasa a dar normas prácticas sobre las reuniones y conferencias mixtas entre católicos y acatólicos. Con el fin de evitar deslices y un desarrollo anárquico de aquellas, el documento recuerda insistentemente la función rectora de la jerarquía en estos asuntos. Los ordinarios han de extremar la vigilancia sobre los contactos interconfesionales designando las personas idóneas que hayan de intervenir. Los fieles no podrán participar en reuniones mixtas sin un previo permiso de la autoridad eclesiástica. En principio, no están prohibidas las reuniones para discutir cuestiones doctrinales. Pero han de celebrarse con la autorización del ordinario y siguiendo las prescripciones dadas en el *monitum* "Cum compertum" del 5 de julio de 1948³⁴ y cumpliendo las condiciones que la Instrucción misma señala. En aquellas debe evitarse la *communicatio in sacris* si bien está permitido recitar en común el Padre Nuestro o alguna oración aprobada por la Iglesia católica.

En conjunto, la instrucción "Ecclesia catholica" adoptaba una postura constructiva y positiva respecto a la actividad ecuménica. De hecho abría un amplio margen de posibilidades a la colaboración y al diálogo. Una primera lectura del documento quizá pudiera dar la impresión de intransigencia y prevención por parte de Roma. Pero no es así. Lo que la instrucción pretende es *promover* y *encauzar* las múltiples iniciativas, que estaban surgiendo acá y allá. De ahí la insistencia con que recuerda la función *rectora* y coordinadora de la jerarquía. Los obispos deben "constituir organismos para vigilar, dirigir y coordinar las actividades ecuménicas". Esta postura constructiva no dejó de ser subrayada por los comentarios acatólicos a la instrucción. Si bien criticaron el concepto romano de reunión por la vía del "retorno", se reconoció, no obstante,

³⁴ Cf. AAS., XL (1948) 257.

un claro progreso en el nuevo documento respecto al precedente magisterio sobre el tema. Algunos incluso creyeron ver en la instrucción el anuncio de una nueva orientación y de un nuevo espíritu de Roma frente al ecumenismo acatólico. Para todos resultó claro que Roma entreabría, prudentemente, es cierto, una puerta al diálogo.

VIII.—PROGRESOS DEL ECUMENISMO EN LA DÉCADA 1950-1960

El ecumenismo católico entra en una fase de expansión en la década que precede a la celebración del concilio Vaticano II³⁵. Establecidos ya los presupuestos doctrinales del mismo, la nueva etapa se caracteriza por la integración en el quehacer ecuménico de amplios sectores populares. El ecumenismo deja de ser una labor de pioneros para convertirse gradualmente en una forma común del vivir cristiano. Varios factores contribuyen a ello: la nueva situación sociopolítica de la postguerra, el movimiento renovador en la vida interna de la Iglesia, v. g., liturgia, Biblia, dogmática..., la preparación del concilio Vaticano II y sobre todo el nuevo estilo que introduce en el catolicismo el pontificado de S. S. Juan XXIII. El nuevo papa, que había tomado contacto con los problemas unionistas durante sus largas permanencias en medio las cristiandades orientales, demostró enorme interés por el problema de la unidad. Cuando el 25 de enero de 1959 anuncia la próxima celebración de un concilio, señaló entre los temas a tratar la cuestión de la reconciliación entre los cristianos. Este interés en el vértice jerárquico del catolicismo encontró pronto eco a nivel local en las numerosas cartas pastorales del episcopado católico³⁶.

Las iniciativas y experiencias ecuménicas se multiplicaron en la Iglesia católica. Francia continúa en vanguardia del movimiento dentro de la línea marcada por Couturier y Congar. El "ecumenismo espiritual", que había predicado el primero,

³⁵ Vid. J. DESUMBILA: *El ecumenismo en España* (Barcelona, 1963); VARIOS: *El ecumenismo en el mundo* (Barcelona, 1964). Amplias noticias sobre el movimiento ecuménico en las crónicas de *Irenikon*, *Istina*, *Unitas*, *Re-unión*, *Una Sancta*, *Catholica*...

³⁶ Cf. *La Civiltà Cattolica* del 2 de julio de 1960, 84-87 y 16 de julio de 1960, 191-196 donde se citan un buen número de esta clase de documentos.

se propaga entre católicos y protestantes. Con ocasión de la semana por la unidad son innumerables las reuniones y conferencias mixtas en las que se estudian y divulgan cuestiones ecuménicas. Los contactos entre teólogos católicos y reformados devienen más frecuentes. Los iniciados por el mismo P. Couturier en Dombes han logrado elaborar una verdadera metodología del diálogo ecuménico. Hace pocos años tuvieron lugar en Taize algunas reuniones entre obispos católicos y pastores protestantes. Más numerosos han sido aún los contactos entre seglares de ambos credos. La asociación *Amitié*³⁷, que trata de encauzarlos, funciona desde hace varias décadas. La seriedad del ecumenismo francés está garantizada por varias instituciones teológicas. Tales *Unite chretienne* de Lyon que propaga el "ecumenismo espiritual" del P. Couturier bajo la dirección de los PP. Michalon y Villain, *Istina* de París y las ya conocidas abadías de *Chevetogne* y *Bec-Hellouin*. Todos estos esfuerzos han cuajado en vísperas del concilio en la creación del *Secretariado nacional para la unidad de los cristianos*. Este organismo bajo la dirección de Mons. Martin, obispo de Rouen, trata en la actualidad de coordinar las diversas iniciativas ecuménicas.

Los progresos en Italia son más modestos. La religiosidad del país atraviesa una crisis profunda durante la postguerra que motiva la desviación de amplios sectores del pueblo hacia la descristianización, el materialismo y el ateísmo. En este clima no pueden cuajar iniciativas ecuménicas de envergadura. Sin embargo, el *Foyer Unitas* continúa sus esfuerzos y se inician varios encuentros en Milán entre teólogos protestantes y católicos. En vísperas del concilio son varias las facultades de los institutos romanos en las que se explica teología protestante y ecumenismo³⁸. Más esperanzadoras parecen ser, en cambio, las perspectivas en España. A pesar de peculiar situación socio-religiosa del país y la exigua minoría de acatólicos que existen en él, quizá no haya otra nación donde se haya operado un cambio tan radical. Porque aquí se trataba de superar una postura integrista y contrareformista que ha gravitado sobre cuatro siglos de historia de nuestro catolicismo.

³⁷ Sobre las actividades de la asociación vid. *Irenikon*, 30 (1957) 239-241.

³⁸ Por lo general también las revistas de teología conceden mayor espacio a cuestiones ecuménicas e incluso aparece alguna nueva especializada en este sector, v. g., *Oikoumenikon* iniciada en 1961.

Sin embargo, el cambio de clima ecuménico es evidente. La era del catolicismo apologético está en vía de superación y con ella la fobia anti-herejía. A crear el nuevo clima ha contribuido decisivamente la preparación, desarrollo y orientación del Vaticano II. Ya en 1953 las semanas españolas de teología y de estudios bíblicos estuvieron dedicadas a estudiar el movimiento ecuménico³⁹. También la XII semana misional celebrada en Burgos el año 1959 tuvo por tema central un problema ecuménico: *la unidad cristiana, exigencia vital de las misiones*. Durante estos últimos años el panorama ecuménico español ha estado dominado por la cuestión de la libertad religiosa y del proyectado estatuto jurídico de los acatólicos. Las discusiones, conferencias y estudios sobre el tema son incontables. Tampoco faltan iniciativas de orientación ecumenista más genérica. La obra del Oriente Cristiano que dirigía el P. Morillo continúa sus publicaciones esforzándose por ponerlas al día. En Salamanca se crearon cátedras de teología protestante y de ecumenismo. También en la misma ciudad y al amparo de la universidad funda el Prof. Vaquero el "Círculo ecumenista Juan XXIII", que publica *Diálogo Ecuménico* y organiza las sesiones nacionales de iniciación al ecumenismo. En Barcelona surgen los primeros contactos interconfesionales y los PP. Capuchinos inician la publicación del boletín "Orientación e información ecuménica". Estos indudables progresos parecen, sin embargo, estar tarados de un defecto fundamental: el no haber logrado dar con la fórmula que permita el desarrollo de formas de existencia cristiano-ecuménicas que respondan a la estructura y posibilidades de nuestro catolicismo. De hecho, la mayor parte de las experiencias hechas en este terreno han sido más producto de importación que creaciones originales exigidas por nuestra propia vida cristiana.

La década 1950-1960 es también un período de expansión para el ecumenismo centroeuropeo y norteamericano. Alemania continúa su tradición teológica⁴⁰. Los contactos y reuniones interconfesionales se multiplican a todos los niveles y son

³⁹ De este mismo año data la publicación del interesante estudio de J. L. ARANGUREN: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* al que dos años más tarde seguiría *El protestantismo y la moral*, del mismo autor.

⁴⁰ Varios teólogos católicos: Th. Sartory, H. Fries, H. Urs von Balthasar, H. Küng..., publican en este decenio excelentes monografías sobre teología ecuménica y protestante.

incalculables las conferencias, artículos, crónicas... sobre el tema. El movimiento *Una Sancta* trabaja en su línea tradicional celebrando congresos anuales y desarrollando un intenso programa de intercambio doctrinal. Mayor alcance ecuménico poseen la creación del "Instituto J. A. Möhler" en Paderborn con la finalidad de estudiar la teología protestante y la fundación en Munich del "Instituto ecuménico" en la facultad de teología. Ambos centros irradian en la actualidad una sólida problemática teológica sobre el ecumenismo germano.

Es también durante la postguerra y especialmente en la década 1950-60 cuando el catolicismo holandés experimenta un brusco auge de renovación y de experiencias unionistas. Las cátedras de teología protestante y ecuménica creadas en las universidades y seminarios holandeses crean pronto un nuevo "clima interconfesional". Los grupos mixtos de diálogo y plegaria "prolifera como las setas"⁴¹ y se lleva a cabo una intensa colaboración en los sectores bíblico, litúrgico y pastoral. No ha sido fruto del azar el que dos grandes apóstoles del ecumenismo actual, Mons. Willebrands y el Dr. Visser't Hooft procedan del cristianismo holandés.

Más pobre impresión, en cambio, produce el ecumenismo de Estados Unidos. A pesar de la estructura social esencialmente pluralista del cristianismo americano —y por tanto con enormes posibilidades para el diálogo y la colaboración— perviven aun en él los viejos prejuicios y obstáculos socioculturales heredados de la época de las inmigraciones. Amplios sectores del catolicismo americano se muestran reacios a aceptar los postulados del ecumenismo tal como estos han sido formulados en Centroeuropa. No obstante, la presidencia de Kennedy, el pontificado de Juan XXIII y el desarrollo de los trabajos conciliares han contribuido a aliviar las viejas tensiones entre católicos y protestantes. Existe también alguna publicación interesante como la revista *The Ecumenist* que edita el P. G. Baum y el boletín de información *The voice of the Church* que confecciona la abadía benedictina de S. Procopio.

⁴¹ L. ALTING VON GEUSAU: *El ecumenismo en Holanda*, en el volumen *El ecumenismo en el mundo* (Barcelona, 1964) 56.

IX.—EN MARCHA HACIA EL CONCILIO

El 28 de octubre de 1958 el cardenal Roncalli era proclamado papa con el nombre de Juan XXIII. Con él comenzaba una nueva etapa del ecumenismo católico. Su pontificado corona en este terreno la larga fase de los pioneros e inicia el período del diálogo ecuménico institucionalizado. El nuevo papa poseía una faceta interesante: su experiencia personal del espíritu y problemas de la cristiandad ortodoxa. Los veinte primeros años de carrera diplomática de Mons. Roncalli transcurridos en las legaciones de Bulgaria y Turquía le habían permitido palpar de cerca la mentalidad del cristianismo oriental. Era, pues, de esperar que Juan XXIII llevara muy dentro del problema de la reunificación de los cristianos. Así lo dio a entender en las numerosas alusiones que sus alocuciones y discursos contienen sobre la cuestión. Esta nueva actitud en el vértice de la jerarquía católico-romana dejó sentir pronto su benéfica influencia sobre el ecumenismo protestante y ortodoxo.

La primera encíclica de Juan XXIII, *Ad Petri Cathedram* contiene ya un largo pasaje sobre el tema de la unidad⁴². El documento constata con alegría los esfuerzos de los hermanos separados en busca de la unidad. El espectáculo de verdad, unidad y caridad que ofrecerá el concilio será para ellos una invitación “ad illam unitatem quaerendam assequendamque, quam Jesus Christus a Caelesti Patre flagrantibus rogavit precibus”⁴³. Esta unidad con que Cristo ha enriquecido a su Iglesia falta en las comunidades separadas. Pero no en la Iglesia católica puesto que en ella existe “unidad de doctrina, de gobierno y de culto”⁴⁴. En la Iglesia católica existen sin duda discusiones y discrepancias que conducen a una más profunda inteligencia de la revelación. Pero estas discrepancias se mantienen siempre dentro de los límites que señala el adagio clásico: “in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas”⁴⁵.

Poco después de la elección al pontificado el Romano Pontífice inició una política de contactos personales con jerarquías

⁴² Texto en AAS., LI (1959) 497-531.

⁴³ *Ibidem*, 511.

⁴⁴ *Ibidem*, 512.

⁴⁵ *Ibidem*, 513.

de la ortodoxia y del mundo protestante. En 1959 recibe en visita particular al arzobispo Jakovos, jefe espiritual de la ortodoxia de toda América. Era la primera vez desde hacía cuatro siglos que un obispo oriental ortodoxo cruzaba el portón de bronce. Meses después son los reyes Pablo y Federica de Grecia los que visitan el Vaticano. Estas visitas, con carácter más o menos oficial, continúan en los años siguientes. Entre ellas cabe destacar la del arzobispo de Cantorbery, G. Fischer en 1960, la del Rev. A. Lichtenberger, obispo presidente de la iglesia episcopaliana de los Estados Unidos y la del Dr. Craig, moderador de la Iglesia de Escocia. La política de contactos personales, que se ha revelado particularmente eficaz en la creación de un clima de distensión en el cristianismo dividido, culmina con el encuentro en Jerusalén del patriarca Atenágoras y de S. S. Pablo VI.

El anuncio de la convocación del concilio Vaticano II constituyó un paso decisivo en el camino hacia la unidad. El papa asignaba como tema a tratar, entre otros, la cuestión de la reconciliación de los cristianos. Algunos días más tarde del anuncio, 25-I-59, S. S. Juan XXIII insistía ante el clero romano en que ya no era tiempo de polemizar o de hacer balances históricos sino de decirnos mutuamente: "reunámonos, acabemos con las divisiones". No obstante, siendo realistas, el concilio no podía plantearse como un "concilio de reunión", a la manera de los de Lyon o Florencia. El fracaso de estos testimoniaba la necesidad de una previa preparación a largo plazo. El camino por desandar era demasiado largo aún. Sin embargo, sí podía planearse el concilio como un concilio de preparación para la unión. Y ello en un doble sentido: renovando la vida cristiana dentro del catolicismo y señalando los criterios para un futuro desarrollo a gran escala del ecumenismo. Este resultado sí ha sido logrado. El Vaticano II, sin ser de hecho un "concilio de unión" ha sido un concilio eminentemente ecumenista. El problema ecuménico no se ha reducido a un tema más de los estudiados por la asamblea. Además de serlo, ha constituido una idea-fuerza que se ha proyectado y trascendido sobre el resto de los trabajos conciliares.

A conseguir esa meta ha contribuido decisivamente el "Secretariado para promover la unidad de los cristianos" creado por S. S. Juan XXIII. Con el nuevo organismo la Iglesia católica disponía en adelante de una plataforma de contactos permanentes con los hermanos separados. Su eficacia se ha mani-

festado ya en el sector doctrinal y en el éxito que ha supuesto la nutrida representación de observadores acatólicos presentes en el aula conciliar. Su presidente, cardenal Bea, secundado por el secretario, Mons. Willebrands, han desplegado una actividad incesante en conferencias, contactos, visitas... Un trabajo altamente positivo del Secretariado durante el concilio ha sido la confección del "Decreto sobre el Ecumenismo" y del texto de la "Declaración sobre la libertad religiosa".

Dos pasajes del magisterio papal muestran el grado de madurez ecuménica logrado por la Iglesia católica durante la preparación del concilio. El primero, tomado del discurso de S. S. Juan XXIII en la apertura de la asamblea, presenta la tarea ecuménica como un *deber* de la Iglesia: "La Iglesia católica estima como un deber suyo, el trabajar denodadamente a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que Jesucristo invocó con ardiente plegaria al Padre celeste en la inminencia de su sacrificio"⁴⁶. El segundo forma parte del discurso de S. S. Pablo VI en la apertura de la segunda sesión. El Pontífice reinante declara con toda precisión la finalidad ecuménica del concilio y la postura del mismo frente a los hermanos separados: "existe un tercer fin, afirma Pablo VI, que toca a este concilio y que constituye en cierto sentido su drama espiritual, y es el que nos propuso también el Papa Juan XXIII y se refiere "a los otros cristianos", es decir, a los que creen en Cristo, pero a los que no tenemos la dicha de contar unidos con nosotros en perfecta unidad con Cristo... ¿Cuál es la postura del concilio frente a estos inmensos bloques de hermanos separados y ante el posible pluralismo en el desarrollo de la unidad? Es clara. La convocación de este concilio tiende a una ecumenicidad que quisiera ser total, universal, por lo menos en el deseo, en la invocación, en la preparación. Hoy en esperanza para que mañana lo sea en realidad. Es decir, que este concilio, al mismo tiempo que llama, cuenta y guarda en el redil de Cristo las ovejas que lo forman y que le pertenecen con pleno y justo derecho, abre también la puerta, levanta la voz y espera ansioso tantas otras ovejas de Cristo que no están todavía en el único redil. Es por tanto,

⁴⁶ *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones* (Madrid, BAC, 1965) 750.

un concilio de invitación, de esperanza, de confianza en una más ancha y fraternal participación en su auténtica ecumenicidad”⁴⁷. Un poco más adelante Pablo VI traza los *cristerios* en que se inspira la postura católica en orden a la reconstrucción de la unidad de la Iglesia: “Nuestro lenguaje con los hermanos separados quiere ser pacífico y absolutamente sincero y leal. No esconde asechanzas ni intereses temporales. Nosotros debemos a nuestra fe, que creemos divina, la más pura y firme adhesión; pero estamos convencidos que ella no es obstáculo a la deseada unión con los hermanos separados, precisamente porque es la verdad del Señor y, por eso, principio de unión y no de diferencia y separación. De todos modos no queremos hacer de nuestra fe motivo de polémica con ellos. En segundo lugar miramos con reverencia el patrimonio religioso, originalmente común, conservado y aun en parte bien desarrollado en nuestros hermanos separados. Vemos con complacencia el empeño de los que tratan honradamente de poner en evidencia y de honrar los auténticos tesoros de verdad y de vida espiritual poseídos por los mismos hermanos separados a fin de mejorar nuestras relaciones con ellos. Esperamos que también ellos, con igual deseo, querrán estudiar nuestra doctrina y su lógica derivación del depósito de la revelación y conocer mejor nuestra historia y nuestra vida religiosa. Declaramos, finalmente, a este respecto, que, conscientes de las enormes dificultades que se oponen hasta ahora a la deseada unificación, ponemos humildemente nuestra confianza en Dios. Seguiremos orando, trataremos de testimoniar mejor nuestro esfuerzo por una vida genuinamente cristiana y una caridad fraternal. Y recordaremos, cuando la realidad histórica trate de desilusionar nuestras esperanzas, las palabras alentadoras de Cristo: lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”⁴⁸.

* * *

Con los precedentes pasajes del magisterio pontifical cerramos las presentes *notas para una historia del ecumenismo católico*. En ellas hemos intentado rastrear el proceso de madu-

⁴⁷ *Ibidem*, 765-766.

⁴⁸ *Ibidem*, 767.

ración en el tiempo de la vocación de unidad suscitada por el Espíritu Santo en el cristianismo contemporáneo. Descubrir cómo se adquiere, poco a poco, una conciencia que brota en plenitud en el aula conciliar. En la realización de esa unidad el decreto *De Oecumenismo* significa el logro de un punto cenital. En él convergen la común vocación, el común esfuerzo, la común problemática y la común oración de los numerosos brotes unionistas que durante un siglo mantuvieron el fuego sagrado del ecumenismo. El texto conciliar se sitúa, pues, en una línea de continuidad con los esfuerzos que le precedieron. Con él culmina una etapa de tanteos y se abre una nueva era preñada de esperanzas.